

Jesús Marchamalo

HIERRO
FUMANDO

Jesús Marchamalo

HIERRO
FUMANDO

Ilustraciones de
Antonio Santos

Nørdicalibros

2022

- © Jesús Marchamalo
© De las ilustraciones: Antonio Santos
© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Doctor Blanco Soler, 26

28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-84-18930-42-3

IBIC: FA

Thema: FBA

Depósito Legal: M-141-2022

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección

y maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y

Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Bajaba cada mañana a escribir a un bar, debajo de su casa, de azulejos marrones, La moderna. Se sentaba frente a la barra en una silla de escay rojo y patas niqueladas, al lado de una máquina tragaperras, modelo Santa Fe, que emitía una constelación de campanillas —¡tling!, ¡tling!, ¡tling!— tentadora, ruidosa y bullanguera. Le traían, sin preguntar, un chinchón seco un poco aguado, en copa, y se encendía un pitillo: un Ducados que acababa convertido en humo espeso, acogedor como la niebla, opaco, y que le acabaría quemando los pulmones.

Así escribía. A mano, en «la oficina», en cuadernos, en folios o en cuartillas que acababan repletas de tachones. Tantos, tan persistentes, que vivía con la certeza de que terminaría deforestando Europa con sus versos; páginas que copiaba y que rompía, reescribía y arrojaba después a la basura en la búsqueda, baldía muchas veces, de la palabra exacta —de diamante purísimo, decía: *caminante, verano, roca, playa*—, esa precisamente que convocaba el resto del poema como un mágico hechizo. También hacía dibujos con un rotulador de punta fina: barcas, flores, marinas, naturalezas muertas que sombreaba con agua o con café, extendiendo la tinta con los dedos.



Llamaba la atención, allí sentado, su aspecto de guerrero de opereta, de forzudo de circo: cuerpo fibroso y ágil, piel tostada, manos nerviosas, rudas, un bigote opulento y esa cabeza suya de caudillo otomano, rojiza y prominente. Un perfil de moneda romana y una voz afinada, de bruñido metal, atronadora pero al tiempo mullida como un gato soñando en un cojín. Alguien distinto, como decían de él quienes le conocían, con esa tosqueidad de la madera tallada a contraveta.

Había nacido en 1922 en el Madrid castizo de la calle Andrés Borrego, antigua Panaderos, entre la calle Luna y la del Pez, detrás de la Gran Vía. Un barrio bullicioso, de ladridos y radios, motocarros, ropa tendida y olores a

tahona por donde a veces pasaba, tras el trino del chiflo, la bicicleta del afilador. Su padre, Joaquín Hierro, era empleado de Telégrafos y su madre, Esperanza Real, ama de casa.

Cuando cumplió dos años, la familia se trasladó al norte, a Santander, la ciudad donde nació su madre, y allí situaba Hierro sus primeros recuerdos.

*«[...] un hombre esbelto,
con su cadena de oro en el chaleco.
Habla con alguien. Detrás de él, un fondo
de grúas en el puerto. Y hay un niño
que soy yo. Él es mi padre.
'El niño tiene cuatro años',
acaba de decir».*

Se recordaba tímido, nervioso, apartadizo y de pocos amigos en aquel Santander del colegio de los padres salesianos —Pepín, le decían—, el grupo *scout* y el mar: las grúas en el puerto, como zancudas perezosas, las nubes infinitas, las gaviotas... Ese mar de la bahía, como un espejo a veces, dócil y manso, azul. El mar apaciguado, indolente, apenas un siseo, que se transmutaba en rugido feroz, en viento y oleaje: la espuma rebosando la escollera y batiendo las rocas en un empeño propio de la mitología. Muchos años después se construyó una casita en Liencres, un cobertizo apenas, sin luz ni agua corriente, frente al mar, en los altos de Portío, «El minifundio» —los vecinos le tomaban por loco— del que salía directamente



en bañador, descalzo por las rocas, para tirarse al agua, helada siempre, del Cantábrico.

Llevó durante años un flequillo garboso, como el de Tintín en los tebeos, que acabó sucumbiendo a una calva anunciada y prominente. Una calva que, durante años, aparentaba ser la propia de un contable, de un empleado bancario, de un inspector de abastos, junto a aquel bigotillo sospechoso, fino y recortadito, escueto como un signo tipográfico.

Pero antes fue la tragedia de la guerra, que lo trastocó todo. Y antes aún un premio del Ateneo Popular por un cuento infantil, *La leyenda del almendro*, que el jurado no acabó de creerse que lo hubiera escrito un chaval de doce años. Fue apuntador en un grupo